

Los oprimidos, los espoliados, los que han menester de justicia social para curar sus males, encontraron en Ahués su camarada o adalid. Creando con su espíritu y trabajando con sus manos, formó parte de sus filas, de una manera fraternal, activa y solidaria. Ahora, realizan un recuento, y él no ha fallado a la cita con el destino de los oprimidos, espoliados, humillados, que tienen hambre y sed de justicia.

\* \* \*

Si todos lo llaman y acude él a su reclamo; si todos lo esperan y no falta a la cita; si todos lo buscan y no demoran en hallarlo, no podemos hablar entonces, y tratándose de Salomón Ahués A., de ausencia, sino de presencia

Y ¿a qué se debe, señoras y señores, esta constante y estimuladora presencia suya?

—A que supo amar, sacrificarse, restañar heridas, darse sin reservas, pedir y hacer justicia, y a que merecen sus restos mortales el epitafio siguiente que, para sí, anhelaba un hombre tan extraordinario como él:

*Muera donde muera, quiero que se diga de mí que, donde quiera que pude, arranqué un cardo y coloqué una flor.*

## IMAGEN FUGAZ DE DOMINGO MELFI

por BENEDICTO CHUAQUI

Entre aquellos a quienes la fatalidad sepultó prematuramente, para desgracia de las letras chilenas, surge con relieve singular la figura prócer y querida de Domingo Melfi Demarco.

Su desaparición es lamentable, no porque sea ya convencional llorar a los hombres preclaros de un país, cuya actividad se había adentrado en la trama espiritual de sus conciudadanos, sino porque junto al escritor, junto al artista y hombre de pensamiento, aparecía su persona humana, expandiéndose con magnanimidad, por encima de las letras mismas, poniendo lo humano sobre cualquiera otra cualidad; y en su análisis estético primó siempre esta condición, que le hacía desembocar directamente en la comprensión de los problemas y de los hombres.

Pocos escritores, tal vez, como Domingo Melfi, sintieron la literatura de manera más intensa y vasta. Pocos escritores tal vez tuvieron un sentido más generoso y comprensivo de un oficio que lleva casi siempre aparejados la amargura, el desengaño, las luchas y las frustraciones. Por eso, cuando los vaivenes de la vida le colocaron en lugar privilegiado, jamás perdió esa parte que lesiona frecuentemente un ventajoso cambio de situación, y que toca la esfera de comprensión hacia sus semejantes, hacia sus compañeros de batalla en la tarea del pensamiento, desgraciadamente aun mal mirada por muchos que no alcanzan a percatarse de la trascendencia social de su misión y su sacrificio.

Domingo Melfi vivió en Talca hasta su primera juventud, aquella etapa que conforma el espíritu de los que se aprestan para los torneos singulares, que habrán de dar el sello de su característica vital. Con él convivieron bajo el alero provinciano, otros escritores que han constituido una importante promoción en el desarrollo artístico y cultural de Chile, en la política y en la creación de la riqueza nacional.



Enfrentando su compromiso con la vida, estudió una profesión, cursó los largos años de universitario, con toda su secuela de trabajos y aflicciones. Estaba armado para entrar a la arena, luchar con éxito en la construcción de su vida material, con las ventajas y consecuencias que tal estado procura. Su distinción natural, su porte, su arrogancia física, podían tener el marco necesario para brillar en la esfera del suceso social y en los negocios.

Pero he aquí que el joven lector stendhaliano, como Cortés, quemó sus naves, y se lanzó al tumultuoso océano del periodismo, aspiración que, sin duda, no llega al fondo de sus anhelos, sino en la medida que significaba una vecindad de algo mucho más profundo y grande que alentaba su vocación: la literatura.

Porque, evidentemente, dentro de Domingo Melfi vivía el alma de un escritor, genuino, auténtico, intenso, pero que buscaba su ubicación en tan heterogéneo y difícil terreno, donde el desaliento, la desorientación y el sacrificio inútil, son, al comienzo, las únicas compensaciones.

Toda su existencia evolucionó tratando de encontrar el sentido de una expresión recóndita que atormentaba el alma de este hombre de serenidad exterior, pero que seguramente estaba roído por el ansia de una persecución difícil, dilatada y dolorosa de una imagen que interpretara la razón de sus sueños.

Su vasta cultura, su conocimiento profundo de los clásicos y de las modernas escuelas literarias, en especial las francesas, le impulsaron durante un largo período a ejercer la crítica literaria en la prensa chilena, género éste que era muy necesario en aquel entonces, cuando nuestra cultura se hallaba en un pro-

ceso de formación y reclamaba el ámbito de su destino.

En la faena crítica se destacó con nobleza, con serenidad, con pureza, desterrando de sus frases el resquemor resentido, que constituye la razón de ser de muchos críticos que guardan en la profundidad de su alma el dolor de muchos fracasos literarios, que les hicieron derivar hacia una modalidad, donde la mafia, la censura, y la mala fe se entronizan y dan pábulo a las más inconfesables pasiones. De su pluma libre y justa, emanaban las palabras saturadas de bonhomía, de equidad, de aliento humano. Su mano cordial se extendía a través de la página impresa para infundir confianza y fuerza moral, y prodigar su sobria hidalguía varonil.

Yo le recuerdo con intensidad en aquella época, para mí de gran esfuerzo, que significó la creación y mantención del Círculo de Amigos de la Cultura Árabe. Etapa dura de trabajo y de incomprensiones, en que la mano amiga era escasa, y las decepciones abundaban. Con el tiempo, sin embargo, bajo su égida formaron numerosísimos escritores, de los más valiosos, chilenos y extranjeros, y el Círculo tuvo el honor de acoger, entre otros, al escritor Domingo Melfi, cuya actitud apacible y amiga, presidía moralmente nuestras reuniones. Alargaba el oído, atento, para escuchar los duelos verbales de sus amigos, sonriendo siempre con simpatía, y con un algo misterioso que jamás reveló su íntimo pensamiento.

La presencia de Melfi creaba siempre un hálito de respeto y de dignidad, su figura infundía un aire caballeresco, de honda simpatía humana, disimulada bajo un aparente escepticismo. Los que compusieron el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe, recuerdan



con gratitud su concurso limpio y desinteresado, desde las columnas de «La Nación», que dirigió con inteligencia y con señorío de gran periodista. Jamás escatimó las noticias sobre nuestra labor, y pasamos por la casa periodística con la confianza a que da derecho una amistad leal, sin remiendos ni trizaduras.

Tal vez una de las razones de la poderosa atracción que ejercía el malogrado escritor sobre quienes le conocían, estribaba en su falta de malevolencia y en la rectitud de sus juicios. Nunca salió de su boca la palabra maledicente, a que son tan adictos nuestros escritores. Su bonhomía se hacía acompañar por un profundo sentido varonil, y no se le oyó jamás estigmatizar a sus compañeros en el campo de las letras.

Cuando le conocí, recuerdo haberme sentido un poco desconcertado, ante su sonrisa un tanto escéptica y su reserva cordial, que no era fácil disipar.

Paulatinamente uno iba descubriendo que había tras aquella sonrisa, tras aquella reserva, una gran serenidad; una desencantada dulzura de flor que sabe habrá de extinguirse, de luz que un día se confundirá con las sombras. Melfi era un gran compañero. Nos daba la sensación de que esa cristalina serenidad de espíritu a que había llegado, no se empañaría fácilmente.

Conocí a Domingo Melfi a raíz de la publicación de mi primer libro, que fué comentado por escritores y críticos a quienes no conocía, pues hasta entonces me había mantenido alejado del ambiente literario. Para conocerles y expresarles mi gratitud por la cordial acogida que le dispensaron a mi obra, se me ocurrió reunirlos en una comida. Alrededor de una mesa, siempre el ánimo está más propicio a la charla y, en esa oportunidad, pude cerciorarme del afecto vivo y cálido

que todos manifestaban al nombrar a Domingo Melfi.

Mi curiosidad y anhelo de ser su amigo, se estimuló entonces, y muy pronto logré conocerle por intermedio de Mariano Latorre y Luis Durand, dos de sus más cercanos amigos. A ellos debo mi amistad con Melfi. Y no fué súbita, sino progresiva, gozosa en lentitud; como aquellas finas bebidas que no se pueden apurar de un sorbo, a riesgo de perder la apreciación de sus más valiosas cualidades. Llegué, entonces a apreciar en su debida intensidad, al nuevo amigo que la suerte me deparaba, pude ver un espíritu superior que trataba de olvidar y disimular en sus inquietudes a todos aquellos que no le interesaban o le habían rozado con las muestras del rencor y la envidia, y sólo disfrutaba con recordar a los seres a quienes estimaba. Sin egoísmos, colocaba una línea divisoria entre él y aquella gente que no tocaba para nada las hondas fibras y vibraciones de su espíritu.

Su posición ante los hombres y el mundo, evidenciaba su aristocracia espiritual. Tal vez una adivinación del verdadero sentimiento de la vida. Así lo vi siempre. Risueño, cordial, sincero y afectuoso, en el leal ejercicio de la amistad.

Viéndole a diario, le admiré primero, y sentí poco a poco robustecerse en mí, un cariño verdadero por él. ¡Felices los que vivieron y lograron dar sombra de paz a quienes les rodearon! Porque Domingo era un hombre en quien se podía confiar plenamente. ¡Maravillosas noches aquellas en que alrededor de una mesa, convivimos sus amigos, junto a su charla, a sus bromas afectuosas y gentiles! Las viandas y los manjares se olvidaban, cuando la charla brotaba chispeante y leve, profunda, substanciosa y juguetona, junto a la presencia de nuestro camarada.



Sin embargo, Melfi guardaba en casi todos los instantes una actitud melancólica, actitud que correspondía a una razón profunda de su naturaleza. Era un hombre reservado, triste, pero con una enorme confianza en el porvenir. Asentaba sus esperanzas en la juventud, en las generaciones venideras. Creía en la futura justicia social del mundo, convicción que nacía de su temperamento generoso y justo.

Como escritor específico, fué un hombre de selección, de pensamiento limpiísimo y bien intencionado, llano, fino, elegante y profundo. Escribía sin circunscribirse a pequeñeces locales, y sus reflexiones fluían libres y sin amarras. La fatalidad vino a cortar el hilo noble de su pensamiento, cuando maduraba como la dorada gavilla del otoño, y cuando las alas habían adquirido su poder para el vuelo.

Ahora él está descansando, dormido en el gran sueño. Pero su voz está en nuestro oído, su mirada está viva en la nuestra, y su amistad sigue bullendo en nuestro espíritu.

Sentimiento; viva y permanente nostalgia. Tristeza de recordar lo que el destino nos quitó. He aquí lo que yo no sé decirle a este amigo cuya compañía invisible permanece silenciosa y viva, presidiendo la amistad, entre sus viejos y queridos camaradas...

## AUGUSTO D'HALMAR EN EL RECUERDO

por LUIS DURAND

Ahora que se fué, y suavizadas ya todas las aristas que produce el roce de la vida, le veo llegar de Europa después de dilatada ausencia. Alto, con la cabeza nívea, el rostro atezado por el aire del mar,